

HAMBRE

No puedo hacerlo, no quiero hacerlo de nuevo. Esta vez quizás me pillen. Cada día estoy más nervioso y las personas que pasean por el parque más precavidas. Pero... ¡tengo tanta hambre!

¿Cómo se me ocurrió semejante cosa, a mí, incapaz de hacerle daño a un mosquito? Es increíble cómo juega la mente con uno mismo y las locuras a las que somos capaces de llegar en situaciones extremas. Si me hubiesen dicho hace un par de años que me encontraría aquí, agazapado entre los setos del parque, esperando a que se vacíe por completo, histérico por lo que tengo intención de hacer pero incapaz de resistirme a mis instintos... ¡Nunca lo hubiese creído!

Tengo cincuenta y cuatro años y durante toda mi vida he sido una persona honrada. Me casé a la edad de veintitrés años y vivimos una vida llena de gozo durante más de veinticinco años hasta que, hace dos años, mi mujer enfermó gravemente. Durante más de diez meses viví una tortura que no se la deseo a nadie. Los médicos se comportaron muy bien, tanto con ella como conmigo, pero no pudo ser. Su vida se esfumó entre mis manos. Todavía recuerdo la tristeza de sus ojos mientras sentía sus últimos espasmos. Su mano me agarró fuertemente como si yo representase su vínculo con la vida. Yo, intentando evitar que se marchara, la abracé, apretando nuestras almas. Vano intento. Estaba condenada. Estaba condenado.

¿Dónde fui, qué ocurrió, cómo viví durante los siguientes meses? No recuerdo. Mezclo sueños con realidad, fantasías producto de mi imaginación con escenas vividas. Vivir... ¿para qué si ella ya no está? Si por lo menos hubiésemos tenido algún hijo, algo que me vinculase con el mundo. Pero ella se lo llevó todo. Ya no me quedaba nada. Soledad. Silencio.

Desperté a la cruda realidad el día que mi casero se presentó con la policía para desalojarme. Parece ser que durante el año siguiente a la muerte de mi mujer, me despidieron del trabajo. Los pocos ahorros que teníamos se vaciaron en los continuos pagos del alquiler. Estaba en la ruina. Según el casero, al ver que no pagaba la mensualidad, me instó varias veces por teléfono e incluso llegó a acudir en persona para que le abonase el importe debido. Según él, pues yo no recuerdo nada, le insulté gritándole me dejase en paz. Ante semejante actitud por mi parte, mi casero se metió en juicios y transcurrido año y medio el juez ordenó mi desahucio. Me encontraba en la calle sin dinero y sin amigos, pues mi vida giraba por completo en torno a mi mujer.

Terribles días habrían sido aquellos para cualquier persona en su sano juicio. Para mí, alegres. Quizás disfrutaba haciendo sufrir a mi cuerpo, lastimándole, castigándole por un pecado que no había cometido. Me regocijaba en mi propio mal. Pero había algo con lo que no contaba: con mi instinto. Si bien con el frío resultaba sencillo luchar, albergándome en el metro o en los portales de alguna casa, con el hambre no era tan fácil. Empecé a mendigar. La gente, generalmente indiferente ante los mendigos, mostraba terror cuando me veían acercar. ¿Por qué? Me miré en un escaparate. Sí, mis ropas estaban rotas, muy sucias, pero no más de lo que las solían tener otros mendigos de los cuales no se apartaban e incluso a los que les daban dinero. ¿Por qué de mí se alejaban con temor? Observé con más detenimiento mi imagen reflejada. Veía a un hombre de mediana edad, encorvado por las penalidades. Un pordiosero como cualquier otro. Pero... espera. ¿qué es lo que hay debajo de su pelo enmarañado? Sus ojos... son tan diferentes... no son los ojos de una persona sana mentalmente, brillan con fulgor, con rabia, llenos de ira atraviesan todo aquello a lo que miran. Sus pupilas dilatadas te miran de forma extraña. El miedo, al ver a semejante engendro de la locura, recorre mi espina dorsal. Comprendiendo en lo que me estoy

convirtiendo hundo mi barbilla en mi pecho, y huyo del lugar, cabizbajo, no queriendo ver a nadie y no queriendo ser visto por nadie.

Con el último hilo de cordura que quedaba en mi cabeza, consideré lo más conveniente alejarme de las personas para evitar cometer una locura. ¡Qué error! ¡Es imposible escapar de la sociedad! El hambre me incitaba a volverme sociable, a buscar trabajo que siempre me denegaban al ver mi apariencia, a mendigar y no recoger apenas nada más que el típico: 'más vale que trabajases en lugar de estar haciendo el vago'. La locura, lentamente, se adueñó de mi mente por completo. Ya solo pensaba en comer, no me importaba lo qué, pero comer.

Y, entonces, una tarde recostado en el parque esperando como siempre no se lo qué, se me ocurrió. Había mucha gente paseando, disfrutando de los rayos cálidos del sol. Entre las parejas de enamorados que paseaban, se acercó un niño rollizo al estanque de los patos:

- ¡Mira, papá! - gritó a su padre unos metros más atrás -. ¡Los patitos!

El crío chillaba emocionado, como si nunca hubiese visto a los animales. El padre sonreía feliz. Supongo que el odio, por no decir envidia, que sentí al ver semejante escena paternal, verlos tan alegres mientras mi espíritu navegaba en un mundo de tinieblas, preparó mi ánimo para el mal. El niño apuntaba a algo; seguí la dirección del dedo: era un pato de los muchos que hay en el estanque. No le di importancia. Mis ojos volvieron al muchacho y durante un buen rato estuve contemplándole.

Durante la semana siguiente viví una tortura. En mi mente había quedado grabada una imagen de la escena de los patitos. El padre, el crío, los patos... Tan rollizo estaba, pero era tan joven... Como un cochinitillo, de otra raza, sí, pero seguramente igual de sabroso o incluso más. Nunca lo había probado. Seguro que sus muslitos quedarían muy tiernitos asados en una fogata. E incluso podía intentar robar alguna cazuela y hacer un caldito con sus huesos. Aunque no quería pensar en semejante barbarie, cada vez segregaba más jugos gástricos. Literalmente babeaba al imaginar la tierna carne de la criatura derretirse en mi boca. Pero, ¡no, no podía cometer semejante crimen!

Supongo que estoy loco, no lo sé, pero acabé cediendo a la macabra idea. Y, no he cedido una sola vez, sino que ya van cuatro y me dispongo a llevarla a cabo una quinta vez. La primera vez fue difícil, ahora con la práctica me resulta hasta divertido. He encontrado un filón de carne y mientras la policía no me detenga pienso continuar con ello. Y si me detiene, me darán de comer. A fin de cuentas, es lo que único que quiero.

Los recuerdos de la primera vez permanecerán en mi memoria toda mi vida. Cuando robé el cuchillo, la espera detrás del seto a que el parque se vaciara, ver a mi presa pasear tranquilamente, sin sospechar que su enemigo estaba cerca, saltar sobre ella. Gracias a la diferencia de tamaño me resultó sencillo dominarla. La arrastré lejos del lugar donde la secuestrara. Estaba empapado. Supongo que de los nervios. Escondido, la tiré en tierra y sacando el cuchillo de un tajo le rebane la cabeza. Despiezarla fue lo más difícil. Era la primera vez. Asé los muslos (¡qué hermosos eran y qué olor más rico despedían!), y el resto lo guarde en bolsas de plástico que tenía preparadas para comérmelos más adelante.

Como era normal al día siguiente la noticia salió en el telediario. En los titulares decían: "Desaparecido pato de un estanque.". Desde entonces ya son cuatro los que me he comido. Sé que no está bien, que no debería de hacerlo, pero ¿qué es más importante, su vida o la mía?

Autor: AMLP